

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

# Neurosis Sentimental

NOVELA



BUENOS AIRES

TIPOGRAFÍA DE EL TIEMPO

1900



•

A LEOPOLDO ALAS

•  
F. P. Y.





## I . . .

En uno de los botes de vaselina, metió la punta de la toalla y se restregó con ella los carrillos, la barbilla y las ojeras. La pasta grasosa, al mezclarse con el carmín y los polvos, le volvió la cara del color de tierra cocida. A los pocos refregones su cutis quedó al natural

Al irse á refrescar con la brocha de los polvos de arroz, se miró orgullosa en el espejo. El cristal reluciente, retrató un busto á medio cubrir por una camisa de fina batista adornada de puntillas y lazos de cinta celeste. La manga de la camisa quería escaparse de uno de los hombros y dejaba al descubierto un pedazo de carne blanca que iba poco á poco tomando relieve, hasta terminar en dos puntitos á modo de rubies.

En el espejo, se reproducía una cara fresca, juvenil. Los ojos eran negros; la boca grande, como hecha de expro-feso para enseñar un sartal de pedacitos marfileños metidos en unas encías rojas; la frente ancha, no de nacimiento, sino convertida así á fuerza de quemarse el flequillo con las tenacillas de enrizar; el pelo de color indefinido: según cayera la luz en su cabeza parecía negro ó castaño.

Después de mirarse un breve rato, el suficiente para que se le escapase por los ojos un humillo de vanidad, sujetó fuertemente los cordones de su corsé, se puso luego una chambrá, luego una capita de pieles y describió las cortinas de la puerta del camarín.

El escenario del teatro estaba solitario. Aquel domingo, la función de la tarde había terminado antes de la hora de costumbre.

En la calle, hacía un frío de mil demonios. El sol, desde por la mañana, se había acurrucado entre las nubes cenicientas del cielo; uno que otro rayo aterido de frío, asomábase por entre su palacio de vapor, pero enroscaba al ins-

tante su hilo de oro y volvía medroso al escondite

El frío arreciaba por instantes á medida que la noche unía sus negruras á las negruras de un cielo de tormenta.

Leonor recorrió los visillós del balcón y se quedó luego como abstraída mirando á través de los cristales. En la acera de enfrente, había un café húmedo y sucio que se llamaba «Bar Buenos Aires». Las paredes del café, que en un tiempo fueron blancas, negreaban á trechos; las lamparillas eléctricas, cual pecas de fuego, daban luz á los parroquianos, gente de baja estofa encanallada y herida por el punzante estileto del vicio.

Junto á una mesa, un hombre de facciones angulosas, sombreadas á trechos por una barba incipiente, escribía una carta.

Era Ricardo Rosales, un autor dramático que por aquellos días había estrenado con aplauso una obra en el teatro donde trabajaba Leonor. Su melena selvática, sus ojos profundamente azules y cierta mueca de hastío que se le dibujaba en los labios, le hacían simpático á

esa clase de mujeres, que prefieren más que venas y músculos, nervios; como esos estómagos que gustan más de manjares exóticos que de carnazas chorreando sangre.

Leonor, seguía mirando, con la frente pegada á los cristales, al hombre del café.



Una mujer con un chiquillo mamón entre los brazos, iba de mesa en mesa pidiendo limosna. Ricardo le alargó una moneda después de haberse escarbado todos los bolsillos.

Al ver á la limosnera, se dijo Leonor: «Con lo que gasten cuatro imbeciles esta noche en canastillas de orquideas para obsequiarme, esa mujer seria feliz du-

rante un año».



Ricardo llenó la última cuartilla y se puso á leer entre dientes la carta que dirigia á su hermano. En ella, decia lo siguiente:

«Queridísimo hermano: traes á colación en tu sabrosísima epístola, inolvidable Leopoldo, los párrafos tan hermosos que en la soledad de nuestro pueblo de provincia soliamos recitar en presencia del libro que cuenta la historia de aquel hidalgo manchego, «seco de carnes y en juto de rostro». Créeme, Leopoldo, que el sublime loco no se equivocó al decir que el amor en los jóvenes no es sino apetito. Y agregas, parodiándole, «que el apetito tiene como último fin el deleite». ¡El deleite! Si yo no anhelo otra cosa.

¿Que cuando la conocí? El pasado domingo de carnaval. La mascarada se revolvía en la sala del teatro al son de un furioso vals. Una mascarita trajeada de negro, no hizo asco á mis miradas, á pesar de que tan poco desdeñó las carantoñas babosas de un viejo gordote enfundado en un frac.

Entre el brillo sensual de mis ojos y el brillár irisado de los gemelos de la

pechera del viejo, la elección era dudosa. De un lado, una juventud pujante, pobre en metales y rica en caricias; del otro, un remedo de caricias acompañadas de buena paga.

Urgía rendirse al crujir de billetes de banco ó al sonar de besos juveniles. El dios del dinero venció, como vence casi siempre, y la flecha divina en vano quiso hacer blanco en el corazón de Leonor. Porque se llama Leonor, como aquella *gala del suelo andaluz* heroína del drama fatalista del Duque de Rivas.

Desde esa noche, mi vida no es vida. Tengo horrible necesidad de que Leonor sea mía.

En vano he pretendido conformarme con verla solamente. Esto, como comprenderás, en vez de ataharre me resultó espolique que excitó más y más mis ansias de amor. Con lo que te pruebo palpablemente que el platonismo ha pasado á la categoría de cosa cursi. La humanidad cada vez es más positiva. Un beso y un abrazo son preferibles á una mirada y una sonrisa. Todos nuestros actos tienden á animalizar la existencia. Hoy Romeo y Julieta, no se

conformarían con besarse al despuntar la aurora.

Dices que las pasiones más imperiosas, pueden ser vencidas, ó al menos modificadas por la razón y la voluntad. Y yo te respondo que mi voluntad desfallece á medida que crece la pasión.

¿Que para qué soy inteligente? La inteligencia, cuando está enferma, sirve para todo menos para educar la voluntad.

Mi deseo hacia Leonor es un apetito orgánico... algo que yo no me lo explico.

Todas mis facultades afectivas, se hallan excitadas por el sentimiento de ver á Leonor en mis brazos.

¿Y sabes con qué consigo olvidarla? Bebiendo ajenos. Ahora mismo, se besan delante de mí, las moléculas del licor verde esmeralda con las del agua clara que casi llena el vaso que tengo junto á estas cuartillas. Cuando las ramas de lluvia fantástica que serpean dentro el cristal, se conviertan en sustancia lechosa, me echaré al colete el contenido y quizá él impida que te hable de Leonor.

Esta noche hace mucho frío. ¡Cómo me calentaría en los brazos de Leonor! Primero con un beso suave, suavísimo... luego con uno más fuerte...; luego le contaría mis sufrimientos, mis sueños de neurosis... Y ella, con sus ósculos de fuego, aventaría la tristeza que me roe las entrañas...

¡Si yo tuviera dinero! Porque aquí, la madre del cordero es ese señorito poderoso que no vió *damas ingratas*, como dice la aguda letrilla del poeta.

Sí, querido Leopoldo; Leonor se entrega por dinero. En algunos momentos, creo que puedo hacerla mía tan solo por amor. Entonces, me enfermo de narcisismo y no hay cristal en donde yo no retrate mi cara. Y al resultarme feo, el alcázar de mis ilusiones se viene abajo...

Otras veces, me finjo seducirla, usando gala de ingenio; otras... En fin, que me hago unos líos que son para volverme loco.

Sufro amargamente al verla, y, sin embargo, mis ojos van detrás suya. ¿Que por qué transijo con esa tortura? También sufría cuando iba los domingos á la

tumba de mi padre, y, á todo trance, ¡iba!

En esos instantes de pesar, no me acuerdo, no me acuerdo que Leonor es una perdida. Ya sabes, el amor es medio ciego: ve lo que le encanta y deja de ver lo que puede desencantarle.

Hay noches que sueño que se retuerce febriciente de placer al susurro de mis caricias. Y al despertar, ¡si vieras qué amarga resulta la satisfacción interrumpida! Una congoja de histérico me sube por la garganta, y del manantial casi agotado de mi llanto saltan unas pocas lágrimas.

Me preguntas si aún vivo con Encarnación. Sí, aún vivo con ella. ¡Pobre Encarnación! Anoche, mientras la mariposa de mis recuerdos quemaba sus alas en la llama roja de la silueta de Leonor, la infeliz dormía. Su hermosa cabeza rubia, que parece una sonrisa del sol trocada en seda, se hundía en la almohada; una alegría de primavera se le desparramaba por la cara; el tajo de su boquita, que semeja una herida finísima, acabada de abrir, sonreía... Las manos entrelazadas, que son del color del mar-

fil viejo y el serpear de sus venas que toma visos de tatuaje, parecían decirme: «así quiero que me entierres, Ricardo de mi alma». ¡Pobre Encarnación! Sueña con mis triunfos.

¡Mis triunfos! Si tú supieras cómo se ha apagado aquel fuego que caldeaba mi inspiración de poeta! Ahora siento frío, ese frío que se radica en la médula espinal y se ramifica por el cerebro.

Me riñes porque escribo piezas insignificantes para los teatros por horas. Hago esas obrillas, porque sin gran trabajo gano para comer.

Procura engañar á nuestra madre. Dile que continúo estudiando. ¡Pobre madre mía! Dile que ya le escribiré, y que entre tanto reciba el beso más puro que haya salido de mis labios.

Adiós. No sé de qué hablarte. El mundo de mi conciencia es un laberinto... Adiós. Escribe; escribe. Tuyo,

*Ricardo.*

Metió la carta en un sobre y le puso la dirección. Echando fuertes bocanadas de humo y con el cuello del gabán subido hasta el cogote, salió del café. En el

cuarto de Leonor vió luz. Sin darse cuenta se metió al escenario.

Al subir las escalinatas de mármol, temblaba de emoción. Por fin tuvo un arranque de valor y se acercó á la puerta del camarín.

—¿Qué tal está Vd., Leonor? preguntó con tranquilidad fingida.

—¡Ola, Ricardo!

—¿Cómo no se ha marchado Vd. á su casa después de la función? Es extraño ver á Vd. tan solita.

—Créame Vd. que bien necesito estar sola.

—Eso quiere decir que estorbo.

—No... no ha sido indirecta... tome Vd. asiento... Vd. no me fastidia como esa legión de adoradores que no me dejan ni á sol ni á sombra... Pero hombre, siéntese Vd... ¡Siempre oyendo la misma cantinela! Que tengo unos ojos más negros que la pena, un pie pequeño como la dicha, que me falta bondad de alma... que por mí se van á matar... Tonteras, Ricardo, tonteras.

¿Y Vd. se atreve á quejarse del elogio cuando me consta positivamente que

la vanidad de Vd. necesita del incienso como las flores del agua?

—¿Ha venido Vd. hoy con ganas de burla?

—¿Burlarme yo? Y tan luego de Vd... ¿Qué libro es ése?

—«Belleza Inútil», de Guy de Maupassant.

—¡Cuánta belleza inútil hay en el mundo!

—Efectivamente.

—No se dé Vd. por aludida.

—En primer lugar, yo no soy belleza; en cuanto á lo de inútil...

—Usted, es belleza y belleza muy útil.

—¿A quién?

—A alguien que la quiera á Vd. de verdad.

—No sea Vd. ingenuo. A mí no me quiere nadie, y menos de verdad.

—Sé de alguno...

—¿Regúlez acaso? No hace más que echar millones por la boca y ponerme los ojos en blanco. Desea llevarme á su quinta; dice que allí me entregará su alma... ¡ja, ja!... ¡Su alma! Como si él tuviera esa célula. ¿Ernesto? Otro ricacho de dinero y de imbecilidades. Gaspar



y Ramón, con sus fraques y sus *smokings*, parecen dos potentados y no tienen un centavo partido por la mitad. En fin, que...

—En fin, que Vd. con todos coquetea y á todos les muestra buena cara.

—Hijo mío, la educación...

—Madre mía ¿y la sinceridad?

—¿Para qué voy á gastarla? ¿Y usted, tiene muchas novias?

—Para eso se necesita ser buen mozo como Leopoldo, adinerado como Regúlez ó imbécil como Ernesto.

—Según con qué clase de mujeres.

—Con todas.

—A Vd. le han debido dar la mar de calabazas.

—Mire Vd., Leonoreita, yo comparo al amor con las localidades de un teatro. Pagando, unos consiguen mujeres regias, que son los palcos; otros más medianas, que son las butacas, y otros, los más infelices, consiguen entrada general. Casi siempre los entendidos van á esa localidad. Se entra de chaqueta, se gasta menos y se goza igual. No digo yo que no haya algún suertudo que consiga entrada de favor... pero es raro.

—¿Para Vd., el corazón de la mujer es una mercancía que se cotiza en plaza?

—Ni más ni menos. Y las mujeres hacen bien en preocuparse del alza y la baja de sus valores. Porque, claro, el amor que apetece la mayoría de los hombres, es el brutal de los sentidos. Halar a éstos es un goce; los goces deben pagarse; cuanto más perfecta sea la máquina que ha de producir el placer, mayor es su precio.

—Qué teoría más original.

—¿Qué realidad más amarga!

Al llegar á este punto de la conversación, ya le pesaba á Ricardo haber entrado al camarín de Leonor. Estaba violento. Quería marcharse y quería quedarse. Hubo un momento de silencio. Leonor y Ricardo se miraban mutuamente con fijeza. Los ojos de la tiplé vencieron á los de Ricardo, que apartó sus miradas, como si la cara de Leonor se hubiera convertido de pronto en un foco de luz.

Un coro de carcajadas resonó en la soledad del escenario.

—¿Quiénes se ríen de ese modo? preguntó Ricardo.

—No sé; he oído ruido de platos y taponazos de botellas de champagne. Deben haberse quedado á comer en el teatro la bella Rosaura, su hermana y alguno de sus amigos. Yo también he mandado que me traigan un tentempié.

En esto pasó el avisador del escenario con una cesta llena de botellas y de frutas. Era un hombre altísimo, flaco y huesudo, echado de hombros, de cara roja, con bigotes amarillentos á causa de la nicotina del cigarro. Entre las tiples y coristas, tenía mucho partido, pues les servía de intermediario en todas sus alcahueterías. Era el perfecto zurcidor de voluntades.

—Oye, Zaragata, le dijo Ricardo, ¿á dónde llevas todo eso?

—Al cuarto de la bailarina.

—¿Quiénes están con ella?

—La hermana, el empresario y don Manuel, ese jovencito amigo de usted.

—Diles que voy á ir luego á beber una copa con ellos.

Cuando la camarera de Leonor, seguida de un criado, entraba trayendo la

vianda, Ricardo salió del camarín de la tiple y se fué al de la bailarina.

El camarín de la bailarina, era un cuarto pequeñito, de paredes floreadas, y alfombrado con bayeta roja. En un ángulo, estaba el lavabo, cuyo espejo reproducía los vestidos que colgaban de las perchas.

En la mesa improvisada, había un búcaro lleno de orquídeas y violetas; en el mantel, tornasolaban á trechos los lamparones del vino vertido. Muy apretaditos y pegadas las rodillas unas con otras, rodeaban la mesa Rosaura, Consuelo, Manuel y el empresario. En el mármol del lavabo, se entremezclaban la jabonera con las conchas de ostras y las rajas de limón; las polveras con los platos y fuentes, donde se veían huesecillos de ave y espinazos de pescado; el peine, que aprisionaba entre sus púas un manojito de pelo, parecía un ciempiés colossal arrastrándose hasta llegar á la taza de la crema *chantilly*, que se confundía con la capa de jabón espumosa que nadaba en la ajofaina.

Los comensales, congestionados por los preliminares de la digestión y por los

vahos del vino, apenas hablaban. Cualquier cosa les causaba risa.

La bella Rosaura, era una chicuela de pocos años; mujer antes de tiempo, flor hollada al abrir sus pétalos al sol, ángel de alas recortadas á quien el mundo quería disfrazar á todo trance de demonio.

Su hermana Consuelo, casi le doblaba la edad: hacia veinte años que rodaba suelta por el manicomio de la vida. Como hembra, interesaba al macho mucho más que la chicuela. Las dos tenían el pelo y los ojos negros, los dientes blancos, el pie diminuto, la cintura cimbreadora. Alta como la vanidad la una; baja como la modestia la otra; flacucha como el deseo satisfecho la menor; pletórica como el ansia de goces la más vieja. Esta, tenía mucho talento; aquélla, la vivacidad del ratón que cree burlarse del gato precisamente cuando la zarpa felina le ha hecho prisionero.

—Alégrate un poco, le decía Manuel á Rosaura acercándole una copa de *champagne*. Tú siempre más fría que un acero damasquino.

—No quiero más . . . se me sale el

ácido del *champagne* por las narices y se me ponen pitarrosos los ojos.

«Y á todo esto, interrumpió el empresario, ¿dónde te vas á vestir tú esta noche?

En el cuarto del actor Benavides, que hoy no trabaja, dijo Zaragata al propio tiempo que ponía sobre la mesa una botella barriguda de licor.

—¡Hórror! . . . En el cuarto de Benavides, no . . . Ese hombre huele muy mal . . . Era lo único que me faltaba para hacer la digestión. . .

—No se alarme, señorita, pues ya he abierto las puertas y he sacado los pares de zapatos al pasillo.

Entró Ricardo. Su presencia fué saludada con un coro de risas alegres.

—Parecemos sardinas en cubo, Ricardito, decía Consuelo; no hay silla, pero siéntate en mis faldas . . . Ven, Ricardo . . . toma, toma vino . . . ¡Recontra . . . y cómo pesas . . . !

—Bebe tú primero.

—Espera á que me desabroche el corsé; he comido como una loba . . .

Al poco rato, empezaron á llegar los demás artistas de la compañía. Pasaron

primeramente el actor cómico con su mujer, una arpía más fea que un susto; luego pasó el barítono, un hombrecillo bonito de cara, cuyo cutis parecía amasado con nata y jugo de fresas.' El segundo actor, borrachín consuetudinario, entró al cuarto pidiendo de beber.

El traspunte, que era tartamudo, gritaba por los pasillos: ¡que se va á . . . a . . . empe . . . pe . . . zar . . . que se va á empezar!

—Oye, tú, chiquilla, dijo el empresario, que bailas en la segunda sección.

—Me vestiré aquí.

—Bueno. Yo me marchó á contaduría. A ver si nos haces esperar.

Rosaura comenzó á arreglarse. Mientras se untaba el coloreté, Consuelo le maquillaba el cabello con horquillas invisibles. Perezosamente fué sacándose el corsé, la chambra de nansú y luego todas las ropas hasta quedarse en camisa. A través de la tela, se dibujaban unas formas en gestación. Era un conjunto de carne joven. Los globos de su pecho, duros, temblequeaban como la jalea de fruta que había quedado en una fuente.

Ricardo y Manuel, impávidos, miraban á la chiquilla. Ni la más mínima impresión de sensualismo les conmovía.

Al poco rato, Rosaura vestía un traje color oro bordado de flores que semejaban violetas; el ruedo de la saya lleno de madroños; una chaquetilla parecida á la de Rossina en el *Barbero*, cubierta de alamares; y encima de su cabellera, peinada de *bandeaux*, una montera de terciopelo negro sostenida por un alfiler de piedras preciosas. Las manos agitaban un par de castañuelas, y los pies asomaban entre las borlas de la falda su envoltura diminuta recamada de lentejuelas.

—¿Qué te parece á tí, autor? le decía Consuelo á Ricardo, ¿estás satisfecho del traje que se ha hecho la niña para tu obra?

—Ya lo creo.

—Pero hijo ¿qué te pasa? Hablas como con tristeza. A tí la tiple te tiene trastornado.

—¿La tiple?

—Dí que sí. . .

—¿La tiple? . . . ¡ja ja! . . .



—Vamos, que bien *firteas* con ella. . .  
No seas *hipócrita*. . . Si Leonor es una  
hembra que da la hora.

—Calla, mujer . . . calla . . .

Rosaura abrió la puerta del camarín y se fué al escenario. Al verla salir exclamó Manuel: «ahí va el éxito de tu obra, Ricardito».

—Es verdad. . . ¡ Es una verdad amarga! pero ¿qué quieres? Al público le producen mayor goce las piruetas y los saltos de Rosaura, que las escenas que me han costado muchas noches de insomnio.

—¡Oh, el baile! . . . Razón tuvieron aquellos *derviches* que se enfadaron con Mahomá porque no lo incluyó en el Corán, entre la lista de los placeres del paraíso prometido.

—A buen seguro que los musulmanes descontentos, interrumpió Ricardo, hubieran preferido admirar más que problemáticas *hurtes* de ojos negros, á una Pecourt *funambulesca*, á una Camargo retorciéndose entre tules color de cielo, á una Taglione, á una Essler balanceándose con el gigantesco miriñaque. . . .

--Pero á pésar de todo, queridó Ricar-

do, adquiere tintes de belleza el cuadro segundo de tu obra. Hace recordar á aquellos juegos *córnicos* de la patria Elena.

—Y á todo esto, ¿qué dices tú, Consuelito?

—¿Qué quieres que diga, Ricardo? Que tu obra es muy bonita, pero que Leonor te gusta á tí, más que tu obra al público. Vamos á ver, sé franco.... ¿qué dieras por dormir con Leonor?

—¿Por dormir con Leonor? Nada. ¿Me crees á mí tan imbécil para que me duerma teniendo entre mis brazos á un jirón de belleza excepcional?

—Así me gusta! Arráncate, hijo.... arráncate.... ¿Pero me oyes, sí ó no?

—Claro que te oigo.

—¡Como entornas los ojos y bajas la cabeza! ¿Han dado ya la tercera campanada? Anda, vamos á ver tu obra desde un bastidor.

—Os acompaño, dijo Ricardo.

—¿Cierro la puerta, Consuelo?

—Sí, y dame la llave.

El público esperaba á que se alzase el telón, no tanto por gozar de los arran-

ques nerviosos, de los gritos desesperados y del apasionamiento de los personajes fingidos, cuanto por ver las pantorrillas á las coristas.

¡Ya se alza el telón! Las primeras escenas se suceden con rapidez pasmosa. Parece que los actores se han dado cuenta de que el público no quiere oírles recitar. Si los corazones bailan una polea dentro del pecho en esos instantes, es por que ansían el momento de que salga el coro. ¡Ya está en escena!

El mar encrespado de la platea, sufre bruscas sacudidas; las gentes de los palcos disimulan su regocijo; los del paraiso, ¡están tan altos!

Aquellas veinte mujeres, son veinte hembras de rompe y rasga. Al bailar, unas ponen la cara seria y otras se torman con los de las primeras filas. Veinte bocas que parecen granadas pequeñitas donde han derramado gotas de leche, se rien del público....

Al poco rato sale la Tridente, otra bailarina, vestida de púdica Glóconda, con sus ojos de lujuria contenida y su cara morena como un trigal que empieza á quemarse. Los pies breves, á los que de

seguro vendrían bien los zapatitos de la Cenicienta del cuento, parece que fueran de goma. Al son de una música jaleosa, sale la bella Rosaura. Al principio, en su



cuerpo, hay ondulaciones pausadas de mar en día de calma; luego se entusiasma, y aquel mar se subleva, y las olas, al chocar con la roca del público, se deshacen en lluvia de aplausos.... Las lentejuelas parecen rayos de sol; el oro del traje, opalinos cambiantes de jerez a no licor; el

mirar de sus ojos toma matices de celajes de crepúsculo; y las castañuelas, que siguen vibrando, parecen golondrinas mensajeras del amor, que se escapan de un nido blanco como la nieve. Luego entran en el cuadro Luisa, la Julia, la Chata, el Punto Gótico, la Borracha, y entonces el público no ve más que pier-

nas que serpean con zigzagueos de relámpagos, brazos que se agitan, cabezas que se yerguen, cabelleras que se despeinan, al propio tiempo que un tropel de notas desenfrenadas suenan en la orquesta salvajemente....

Después del *bis*, sale Leonor, esponjada de orgullo y vestida de rojo. Con una de sus manos liliales menea un abanico lleno de cintajos y baratijas: sus hermosos hemisferios de alabastro, asoman el comienzo de sus convexidades. Parecen dos copos de nieve derriéndose en el rojo fuego del escote de la bata.

Todo el conjunto de su persona es atrayente y estimula á que se desarrollen apetitos pecaminosos en la mente de cualquier hombre.

Desde que ha salido á escena, Ricardo la mira con fijeza. Cuanto más la mira, más crece en su ser un vago delirio de sensualismo apacible. Sentía deseos de arrimar sus labios á aquella boca y desperazarlos con un beso largo, interminable.

Estaba profundamente abstraído, contemplando á Leonor, cuando Carlota

Mena, otra primera tiple de la compañía, le dijo: «Buena entrada; no hay una sola localidad vacía. Es usted el hombre de la dicha y la salvación de nuestra empresa».

—Yo no; los intérpretes de mi pobre obra, contestó Ricardo.

—Cállese V., hombre, si están para que los maten. Y no lo digo porque yo no trabaje . . . pero la verdad ante todo.

Un aplauso grandísimo, alborotó la sala, y Carlota, llena de envidia, exclamó: «Vamos, hoy los *morenos* están de *queda*.»

Carlota Mena, era una de esas artistas que vienen á América á elegir como escaparate el escenario de un teatro. En París había sido *cantaora* flamenca y en Buenos Aires figuraba como primera tiple, gracias á su palmito, como decía el empresario. El público soportaba á la mujer hermosa y transigia con la pésima actriz, que era, por contera, la *asauro* personificada, según murmuraban sus compañeros.

Había recorrido medio mundo, dejando un jiron de dignidad en cada país y emborrachando de amor á cuantos

hombres se le acercaron. En Chile, un chiquillo de quince años, se mató de un pistoletazo porque no pudo hacerla suya. Ella le llama el «sublime tonto.» Guarda el retrato de ese chiquillo en un medallón que le cuelga de la garganta. Suele contar á sus amigos, que por las noches, cree ver entre los doseles de la cama, una cabecita de pelos ensortijados que chorrea sangre.

El cuadro es horrible y no se cansa de evocarlo: Un camarín de teatro, un chiquillo que balbucea pasiones locas y ofrece un corazón. Ella pisoteándolo y desbaratando un mundo de ilusiones. A la mañana siguiente, el estampido de un pistoletazo, un cuerpo que cae . . . la polieita . . . el entierro . . .

Cuando piensa en esto, le parece que la cadena del medallón le aprieta la garganta y le ahoga.

Ricardo se abrió paso por entre la muralla de carne que se había formado en los bastidores. Al verlé salir, tan excitado, le preguntó Manuel: «¿Qué te pasa?»

—Que me voy al vestibulo...;me ahogo!

—Si hace un frío atroz....

—Déjame: yo me abraso....

—¿Pero qué tienes?

—Nada.... En viendo á esa mujer no serviría para juez. Absolvía á todos los ladrones.

—Estás loco.

—Sí.... loco.... loco!

Terminó la obra de Ricardo. El público, de pie, al propio tiempo que caía el telón, gritaba: «¡El autor... el autor!!...»

—Que te llama el público; entremos al escenario.





—¡El autor... el autor!...

—Entremos...

—¡El autor!...

—Que se vaya al diablo el público.

Salieron del teatro á la calle. Una llovizna finísima les acarició el rostro.

—¿Á dónde vas? Le preguntó Manuel á Ricardo.

—Á la redacción del diario.

—¿No vienes á cenar con nosotros esta noche?

—No. Adiós. Hoy me toca quedarme de guardia hasta que la edición rueda por la calle. Adiós.

Ricardo caminaba á paso lento, con la cabeza baja. La llovizna le entraba por el cuello y le caía por la espina dorsal produciéndole una caricia helada.

Llegó á la redacción de *La Aurora*. Cogió la pluma y se puso á escribir. No se le ocurrían más que vulgaridades. El director le devolvió dos sueltos para que los modificase.

Cuando hubo terminado la tarea, sentía un frío horrible. Se acercó á uno de los caloríferos. En la butaca adop-

taba posturas diferentes y todas se le antojaban incómodas. Las galeradas para corregir no venían. La campana de un reloj sonó tres veces. Los empleados empezaron á ponerse los gabanes y pian pianito, fueron haciendo mutis al propio tiempo que con voz somnolienta murmuraban: « Buenas noches: » «adiós»; «buenas noches»...

Solamente quedaron en las oficinas Ricardo y el encargado de traducir los últimos telegramas de Europa.

Por fin un chiquillo de las cajas, le entregó á Ricardo una tira de papel húmedo que leyó rápidamente.

—¿Falta mucho para que empiecen á imprimir?

--En cuanto llegue el servicio telegráfico de última hora funcionará la máquina.

Con sus dedos flacuchos, Ricardo tocaba suave redoble en la carpeta del pupitre. Poco á poco, fué apagándose el encandilado de sus ojos: entornarónsele los parpádos; una sonrisa dulzona se le dibujó en la comisura de los labios y medio empezó á adormecerse.

El silbato estridente del motor anun-

ció la salida del diario, y Ricardo, des-pabilando su modorra como por encanto, bajó á los talleres metido en el cubo del ascensor.

Los encargados de vender las lañas á los chiquillos que habian luego de vocear la edición, recibían el dinero casi sin contarlo; las ruedas de las máquinas aullaban; las suelas sin fin corrían presurosas; del cuarto donde se estereotipaba salía calor de fragua y un olorci- llo á plomo derretido; los ascensores bajaban y subían llevando y trayendo gente; los tambores de papel blanco, al desenrollarse velozmente, parecían copular con la máquina que con rapidez pasmosa, engendraba y paría periódicos casi á un mismo tiempo.

Ricardo agarró un ejemplar de *La Aurora* y salió á la calle. El viento que soplabá de firme le abofeteó la cara y le arrebató el sombrero.

Amanecía. La luz del alba y unas miasmas de negruras de noche que aún vagaban por el cielo azul-violáceo, al entremezclarse, vestían á los objetos de ese tinte característico de la luz crepuscular. Un pedazo de sol pestañeaba en

el horizonte, abriantando el espejo de las aguas del Plata, que reververaban con visos metálicos.

Llegó á su cuarto y se desnudó sin hacer ruido para no despertar á Encarnación. Estaba ya arrebuado entre las cobijas calientes, cuando delicadamente le dió un beso á su querida.





## II

—Despéjate bebiendo esa taza de café, le decía Manuel á Ricardo, y luego contesta á mis preguntas, con claridad, sin extravagancias cursis que no vienen á cuento.

—No tengo ganas de discurrir y menos de discurrir extravagancias. Siento por todo mi cuerpo un embrutecimiento extraño; los objetos bailan ante mi vista. Debe ser fatiga cerebral. He soñado cosas espantosas mezcladas á un erotismo poético que está en pugna con el origen orgánico de mi pasión. ¿Qué quieres, Manuel? No hago más que pensar en Leonor. Yo necesito poner dique á este amor que, alimentado por el fuego de mi fantasía, adquiere caracteres horribles.

—Lo que tú debes hacer, es declarar-

te abiertamente. Cualquiera que sea su contestación, te conviene escucharla: ¡nada de cobardías! Favorable ó adversa la respuesta, hará que vuelva la tranquilidad á tu espíritu. Además, para trocar el amor en odio, no hay nada como un desprecio á tiempo.

—Es que cuando pienso en mi declaración, me entra una especie de estupor: las palabras se me antojan pálidas para pintar lo que yo siento, lo que yo quiero. . .

—Todo es empezar. Quien no lucha, ni triunfa ni es derrotado. El amor tiene fuerza poderosísima; no seas tonto y entra en acción: el no lo llevas contigo: vete á buscar el sí.

—No sé cómo abordar la situación. . .

—Cualquiera diría que es la primera vez que vas á pintar amores. . .

—Ya me estoy viendo tartamudear, explicar obscuramente mis pensamientos.

—¡Mejor que mejor! La obscuridad engendra misterio. Para ver las estrellas, hacen falta las sombras de la noche: para que ella vea brillar la hoguera de tu pasión, viene que ni de perlas un poco de obscuridad en tu discurso. ¡Animo

Ricardo! A las ocho vas al teatro, y en media hora resuelves el asunto.

—No me atrevo hoy; mañana, sí; mañana, yo te juro que . . .

—Me haces acordar á esos enfermos de las muelas quo no se deciden á ir á casa del dentista hasta que, locos del dolor, se les abre inconscientemente la boca ante las pinzas de metal.

Hubo un momento de silencio. Al poco rato dijo Manuel:

—Prométeme que esta noche cantas la polinodia.

—¡Te lo prometo! A tí ¿qué te dice el corazón? ¿Me contestará que sí?

—A mí no me ha dicho nunca nada el corazón. Además, se trata de Leonor, que es una mujer incomprensible, pero de una incomprensibilidad poco interesante. No me he devanado nunca los sesos en hacer psicología con ella. Agrada exteriormente; sus maneras amables son epidérmicas. Rasgando un poquito se ve á la mujer vulgar, pero bonita, que no sirve más que para el placer brutal de los sentidos. Dando de barato que sea tuya, te aburrirá bien pronto. No hay nada más insoporta-

ble para los hombres de cultura intelectual como una mujer ignorante.

—Volviendo la oración por pasiva, resulta que no hay nada más insoportable para una mujer ignorante, que el trato íntimo con un hombre de talento.

—¿Y á tí qué puede importarte eso? Mientras dure la ilusión, gózala. Siempre saldrás ganancioso tú, pues es más fácil encerrar el pensamiento en la cárcel de la ignorancia que dejarlo libre en el laberinto del saber. Es más difícil aparentar ser rico, no teniendo un cuarto, que fingirse pobre poseyendo millones. ¡Bueno, Ricardito! te dejo. En el teatro nos veremos luego. Despójate de timideces dignas de un parvulillo inocentón, y... ¡firme en la brecha! ¡Mozo! ¿Cuánto se debe? Toma. Hasta después, Ricardo.

—Adiós.

Empezaba á caer la tarde. Ricardo se puso á pasear por las calles como un idiota.

Una porción de nubes se apiñaban en el horizonte. Aquellas masas informes y blanquísimas, tomaban poco á poco la forma de una concha colosal. Los ojos de Ricardo se emborrachaban ante



aquella orgia de colores nacarados. En lontananza, la fragua empezó á extinguirse; el cielo, de azul turquí, tornóse negro, y una porción de chispas volaron del hogar del crepúsculo á los espacios.

Por asociación de ideas, Ricardo pensaba en la noche que pinta Ovidio, con sus minutos eternos, sostenedores de disgustos y penas; y pensaba también en aquella otra noche que extiende sus alas y pone un huevo en el seno del Erebo, de donde sale el Amor agitando sus alas doradas.

A las ocho de la noche se dirigió al teatro. Con gran sorpresa, vió el arco de luz apagado, las puertas cerradas, los tableros del programa cubiertos de papel blanco. Carlota Mena, había fallecido por la tarde, víctima de una angina al pecho—

Corriendo, se fué á la casa de Carlota. Vivía con lujo, con ese lujo excesivo que no cuesta ganarlo honradamente.

Dos lacayos negros estaban en la puerta.

En la sala, habían levantado la capilla ardiente. Los broncees y los espejos, cu-

biertos de crespones, contrastaban sinies-  
tramente con la alfombra color crema,  
las coronas blancas, el Cristo de marfil y  
las luces de los cirios que lloraban grue-  
sas lágrimas de cera. En el centro estaba  
la caja funeraria, y dentro, Carlota, como  
dormida, con un gesto de amargura cris-  
talizado en todo el rostro. Su cara pálida,  
parecía bañada de cera; los dedos de sus  
manos eran diez lirios trenzados fuerte-  
mente. A través del crespón de los espe-  
jos, se reflejaba el temblequeo de los  
blandones.

A los pocos momentos de circular la  
triste noticia, el palacete de Carlota se  
vió invadido por una enorme cantidad de  
cómicos.

Formaba un conjunto original aquella  
concurcencia abigarrada.

Se distribuyeron los unos en la sala y  
en el patio, entre las macetas de helechos;  
los otros en el comedor; unas cuantas  
mujeres se entretenían en abrir los cajo-  
nes de los secreteros, en sacar trajes de  
los armarios; lo figoneaban todo y sal-  
picaban sus actos de indiscreción irres-  
petuosa, con sabrosos comentarios.

Ricardo se paró largo rato delante del

cadáver de Carlota. Una congoja de lástima ó de asco, le subía á la garganta, al ver los hilos de sangre que manchaban la boca y las narices de la muerta. La hermosa cabellera de Carlota, caía como llovizna de azabache sobre el almohadón de la caja; las cejas y las pestañas, semejaban patas de araña que querían agujerear la carne de aquellos párpados fríos.

Tembloroso cruzó las habitaciones. Un criado encendía las cocinillas. El humo de los tueros que chisporroteaban, logró arrancar algunas lágrimas, que en aquellos momentos vinieron á pelo.

A todo esto el querido oficial de Carlota, el pagano de sus lujos, no aparecía. Dicen que era un alto personaje político y por contera casado. Y es claro, su dignidad de hombre público y de marido *modelo* no le permitían ir á ver aquel hermoso pulpo que, una vez muerto, no servía más que para ser enterrado.

Muy enlutada, fingiendo honda pena, entró Leonor á la sala. Mientras tartamudeaba una oración, le dió un desmayo. Lo teátral iba siempre con ella. Los frasquitos de sales, el agua Colonia y

unas gotas de azahar, le volvieron en sí.

En el tocador tuvo un arranque admirable. Varias mujeres se entretenían en desatar montoncitos de cartas para' enterarse de su contenido. Leonor les arrebató aquellos papeles y los arrojó al fuego.

Las horas se deslizaban monótonamente. A eso de las doce de la noche, todos los concurrentes, que fueron aumentando así que terminaban las funciones de los teatros, se aposentaron en el comedor.



Un mazo de barajas salió á relucir. Jugar al monte se imponía. Inmediatamente hicieron corro alrededor de la mesa. Los billetes corrian de mano en mano; un criado empezó á descoreñar varias botellas de vino y otro á servir tazas de te y café con pastas y dulces. Y por aquello de que los duelos con pan son menos,

todos disfrutaron de los restos de la des-  
pensa de Carlota.

Con aires de dueña de casa, Leonor andaba de un lado para otro. En la sala vió á Ricardo, Rosaura y Consuelo, cabeceando de sueño.

Se sentó en una butaca, junto á Ricardo y le declamó las vulgaridades de estilo que á uno se le ocurren al contemplar un cadáver.

Había, sin embargo, sinceridad en las palabras de Leonor. Su voz temblorosa, el brillo de sus ojos, la aristocrática palidez de las mejillas, decían bien á las claras que aquella era tristeza verdadera.

Y es que veía á la Carlota admirada, agasajada, aplaudida por una enorme legión de adoradores, que se iban al mundo de la muerte en medio de la mayor indiferencia. ¿Dónde estaban los amantes desesperados que rondaban por su camarín y caían á sus pies mendigando amor? ¿Dónde estaban sus protestas de pasión? Convertidas en ceniza desde hace un rato en el hornillo de la cocinilla.

Una ola espumante de rabia que se revolvía en el cerebro de Leonor, se deshizo en gotas de llanto. En aquel momen-

to, brilló bañada de luz blanca de virtud, la silueta de su madre, iluminando el hogar, aquel hogar que ella abandonó una noche desesperadamente, para deshacer, en casa de una celestina, un chiquillo que se le revolvía en las entrañas. Entre las sombras de sus recuerdos, veía el horrible cinematógrafo de su vida: su viaje á América, su entrada al teatro, las bacanales sacrificadas en honor de su belleza, su belleza que nacía en los labios, urna de besos convulsivos y moría en esa entraña por donde le sacaron á pedazos al hijo que se dejó hacer inconscientemente.

Con la cabeza entre las manos, sollozaba. Muy bajito le dijo á Ricardo:

—Nadie, absolutamente nadie, llora de verdad á la muerta.

—Es claro. Ahora la pobre no puede servirles de nada. ¿A qué se van á molestar en derramar una lágrima? Están mejor en el comedor que han convertido en timba. Aquí hace mucho frío. Habrá gente en la casa hasta que dure el vino y en la estufa ardan el coke y la leña.

—No sé, Ricardo, qué me causa más tristeza: si este horroroso presente ó el

porvenir que me aguarda. También cuando yo muera, nadie llorará en mi féretro.

—¿Llora usted?

—Me lloro á mi misma muerta. Me veo allí, como Carlota, sin el calor de ese llanto que anuda la garganta. Yo también vivo sola, completamente sola... He buscado hasta ahora la felicidad de oropel... Juro que de hoy en adelante buscaré cariño verdadero...

—Eso es romanticismo que se le ha subido á la cabeza; eso es un raptó de neurosis sentimental exagerada. Mañana el hervor de la vida le hará ser como hasta aquí.

—Si una no oye más que mentiras: si una no vive más que entre farsantes.

—Dichosos los farsantes. Les ayuda su audacia.

¿Dónde hay nada más valiente que la verdad?

—Según con quien se emplea.

—Yo no la he oído nunca.

—Porque Vd. se reiría de ella. Des-parramar su semilla en ciertos temperamentos, es como pretender que sea fértil una roca.

—¿Y Vd. qué sabe cómo es mi temperamento?

—Yo no me he referido á usted. ¡Ah, Leonorcita! ¿Vd. cree que no habrá quien lllore en silencio á Carlota? La protesta muda de esta muerte en el corazón de alguien que quizá fué pisoteado por ese pedazo de carne que mañana empezará á podrirse. ¡qué bella protesta!

Ricardo se calló; sus ojos miraban fijamente una corona de violetas.

Al cabo de un rato preguntó Leonor:

—¿En qué piensa usted?

—En Vd. pensaba, dijo Ricardo.

—¿En mí, y me tiene Vd. delante?

—¿Qué extraño es eso, cuando mi pensamiento siempre está junto al suyo? ¿Se sonríe Vd.? Y luego anhela encontrar quien le hable con el corazón en la mano.

—Todos Vds. dicen lo mismo.

—¿No se le ocurre contestar á usted, otra cosa menos vulgar?

—A una vulgaridad, se contesta con vulgaridad y media.

—¡Ah, Leonorcita! ha de saber Vd. que yo sería uno de los que le llorasen á usted



de verdad, con llanto caliente de cariño.

—Muchas gracias.

—Otra más torpe que Vd., respondería mejor á mis palabras.

—¿Por qué?

—Preguntarme y contestarme á mi mismo, es una cosa que aborrezco.

—Habrá Vd. experimentado los efectos de algunas preguntas y respuestas.

—Cierto. Oiga, Leonorcita: desde hace muchos meses no hago otra cosa, que engañar un deseo.

—¿Y cuál es ese deseo?

—Que Vd. me quiera, como yo lá quiero á Vd., con ansia juvenil...

—¿Que yo le quiera?

—Sí, á mí. Sé que no lo merezco. Hay quien anhela fortuna, gloria, aplausos; yo sólo persigo un ideal, uno sólo, que es para mí, gloria, aplausos, tesoros, todo reunido en Vd., Leonor. Y me atormento despiadadamente discurriendo qué es lo que hace falta para que usted me quiera así, brutalmente, con amor total, que no dure un día, un año, no; que se prolongue hasta que ya cansados, viejos de cuerpo, pasemos el crepúsculo de nuestra vida regando las

flores que sembramos en nuestra primer noche de pasión. ¡Oh, Leonor!...

—Cállase Vd., Ricardo.

—No, ya no me callo; ya que he empezado, tiene Vd. que escucharme para que me diga sí ó no. De cualquier modo caeré á sus pies, ó para pedir perdón por mi audacia, ó para dar gracias á su bondad.

—Y sepamos, ¿desde cuándo me quiere?

—No sé... desde hace mucho, mucho... no sé... ¿Qué responde usted?

—Nada.

—Eso es muy vago. ¿Sí ó no? Yo no pido esperanzas...

—Basta, Ricardo, que estamos profanando este túmulo. Me voy.

—No... no se marche, Leonorcita, se lo pido por lo que más quiera en el mundo...

—Me quedo si cambia Vd. de conversación.

—Sea más buena, escúcheme. Quizá sea la última vez que me escuche. Es algo inexplicable lo que á mi me pasa con Vd... No... no se marche...

Leonor se levantó y se fué á la salita

contigua. Ricardo la siguió exclamando:

—Escúcheme Vd., Leonor...

—Pero si no es verdad nada de lo que está Vd. diciendo.

—Yo no creo más que en mi madre y en la memoria de mi padre. A ellos pongo por testigos de lo que acabo de hablar.

—¿Y qué quiere Vd. que le conteste?

—Lo que merece un hombre que apeetece un amor desesperado como el mío.

—Yo también necesito querer á alguien, quererle de verdad. Soy joven, no me falta corazón... Pero ¿cree usted, Ricardo, que es Vd. el primero que se me presenta haciendo tal derroche de pasión? Ya he perdido la cuenta. Usted es un guarismo más agregado á la suma de farsantes.

—¡No, Leonor, no... no... eso no!...

Y Ricardo le cogió fuertemente las manos. Le relampagueaban los ojos y le ardía la frente. Leonor le dijo:

—Pero, ¿es posible que sea verdad?

—No tengo otro modo de exteriorizar en este instante mis sentimientos que la palabra.

—Palabra llena de fantasías y de arre-

batos líricos. No puede Vd. negar que es escritor.

Estaban juntos, muy juntos, con las manos fuertemente apretadas.

—Sepárese Vd., que pueden vernos, decía Leonor.

—Diga Vd. que me quiere.

—Le mentaría. Hace muy poco rato que ha logrado Vd. interesarme. Espere. El tiempo me ayudará á quererle y, sobre todo, á creerle. Sepárate Ricardo... sal tú primero...

Aquel apeamiento repentino del usted, le llenó á Ricardo de una alegría nerviosa. Dejóle libre las manos á Leonor, al propio tiempo que le dió un beso.

Los jugadores levantaron la sesión. Somnolientos, cariacontecidos, habían las últimas botellas de vino. La atmósfera brumosa del comedor, fué despejándose á medida que se descorrían los cortinones de terciopelo. Al poco rato, quedó la casa solitaria. Dos viejas, modistas de teatro, roncaban en la sala, con un rosario cada una entre las manos.

Leonor se cubrió con un abrigo de

astracán y se dispuso á marcharse. Ricardo se ofreció para acompañarle

—Sí, ven. Ahí fuera tengo mi coche.

Un aire frío y seco corría por la calle. Se metieron Ricardo y Leonor en el cupé, que partió velozmente. Iban los dos tiritando: Leonor de frío y Ricardo de emoción. Estuvieron largo rato sin hablar palabra. Por fin, por decir algo, dijo Ricardo:

—¡Vaya un frío!

—Hoy es noche de castañeteo de dientes; noche de dormir apretados; muy apretados... Acércate más, hombre, así... ¿ves? Mete las manos en mi manguito. ¿Tú sabes dónde vivo yo?

—Me he consolado muchas veces viendo tu casa. Vives bien.

—Esta noche estoy por lo humilde. Las galerías de mi hotelito, con sus jarrones de plantas; las salas con sus estatuas que parecen fantasmas van á causarme dentro de un rato muchísimo miedo. Ordenaré que enciendan todas las luces... ¿Y tú, vives solo?

—Solo.

—¿Lejos del centro de la ciudad?

—No; cerca de la redacción. Es un

cuchitril infame mi casa. Casa de hombre pobre.

—Me tienes que llevar un día á tu habitación.

—¿A qué?

—A verla. Estoy por decirte que quiero ir ahora mismo. . . Anda, llévame. . . Si me gusta me quedo á vivir contigo. Es decir, contigo precisamente no. No me hagas caso. Esta noche me carga el lujo, el boato. . . Anda, dame un beso. Quemán tus labios y están secos. . . ¿Y qué haces en tu casa? Oye, y ¿quién te arregla el cuarto? ¿Tienes algún criado? ¡También estoy aburrida de los criados! Ea, llévame á tu casa. Ahora sí que hablo en serio. Llévame, llévame Ricardo.

—No, Leonor. Mi cuarto es muy pobre y muy asqueroso. Hay una cama de hierro, cuya almohada es tumba de mis pensamientos; un armatoste cargado de libros y una mesa que soporta con resignación muchos papelotes manchados de versos y comedias. No, Leonor. . . mi casa no es digna de ti. Tus piececitos acostumbrados á la caricia muelle de las alfombras, se helarian en

los baldosines rojos, de un rojo que resulta pálido si se compara con la vergüenza que encendería mi rostro al verte allí.

—Me gustas por lo franco.

—¿A qué pintar grandezas que no poseo? Además, le ofrezco á tu amor mi persona, no mi habitación.

—Por eso quiero ir á tu casa; y quiero más, quiero revolcarme contigo allí, en la cama de hierro, hacer crujir el colchón de elástico, oler tu almohada que tendrá el olor de tu cabeza. Estoy ahita de aromas de budoar, de perfumes que embriagan dulcemente, pero que no enervan. . . ¡Qué ingenua soy! ¡Te hago mi profesión de fe, sin saber si tú me quieres de verdad!

—Demasiado sabes que sí.

—¡Y no me concedes ese gustazo! Ya hemos entrado en calor. ¡Qué deliciosa tibieza la del manguito. . . Oye, voy á serte franca. Ayer, mientras estabas en el café de en frente al teatro, yo te vi á través de los cristales y te besé con el pensamiento. Hubiera querido tenerte á mi lado para morder tus labios. Cuando entraste más tarde á mi camarín, ya

se me había pasado tal idea . . . Entonces me causaste repugnancia. Ahora quiero cobrarme el mordisco que me debes. Procura arrimar cuanto antes tu boca porque puede que me vuelvas á dar asco. ¡Cómo me gusta morder! Tienes poco bigote; es lástima que no puedas pinchar... Ya llegamos. ¿Te decides á que vayamos á tu cuarto? Mira, tú te bajas en la otra esquina; yo hago como que entro á casa porque este cochero es un soplón y se lo cuenta todo al tanto que le paga la mesada. Luego, cogiditos del brazo, muy arrebuados, nos vamos á tu casa. ¿Te acuerdas del primer acto de *Bohème*? Bueno, representémoslo. Tú eres Rodolfo, yo Mimi.

—Hoy no puedo satisfacer tu deseo...

—¡Ah, vamos, ya calgo! Seguramente vives con alguna mujerzuela, y es claro! ¡Sepárate de mí! ¡Infame! Sepárate de mí, te he dicho . . . no me abrases. . . no. . . eres un infame. . .

—Infamias, queridas, todo te lo forjas.

—Te perdono. Vamos á mi casa. Conste que desmereces un poco ante mis ojos. Prefiero á Rodolfo durmiendo en



dura yaciga con Mimi, que á Armando arrellenado entre edredones de seda que siempre calientan menos que los brazos de una Margarita. Conste que para mí Armando es un idiota. Ya hemos llegado. Vuelve en seguida á pie.

—¿Dónde vas á estar tú?

—Dejaré la puerta entreabierta.

Bajó Leonor del cupé y le dijo al cochero: «Al señor le lleva V. á donde él le diga.» Y para disimular agregó: «Hasta mañana Ricardo. Antes del entierro nos veremos.»

Los caballos arrancaron á escape.

A los cinco minutos llegaba Ricardo nuevamente á la puerta de la casa de Leonor. Ella le aguardaba en el zaguán. «¿Tienes fósforos?», le preguntó.

—Sí.

—Alúmbrame un poco.

—¿Qué vas á hacer?

—Voy á cortar el alambre del timbre eléctrico.

Lo partió de un tiron. «El que venga, puede estar apretando el boton hasta que guste. Corre el peligro, si espera á que le oigamos, de convertirse en sorbete. ¡Vaya una nochecita!»

A Ricardo le parecía todo aquello un sueño. Cruzaron una porción de saloncitos y llegaron por fin á la habitación de Leonor.

Dió luz á la bomba eléctrica. Frente mismo á la cama, había dos figuras de bronce que representaban á Dafnes y Cloe. Leonor recitó las palabras de Longo, que estaban escritas en el pilar: «Para amor, no hay filtros, ni ensalmos, ni manjar con hechizo; no hay más que beso, abrazo y acostarse juntos desnudos.»





### III.

Empezaba á clarear el día cuando Ricardo se marchó de la casa de Leonor. El aire de la mañana le despejó un poco. Una actividad nerviosa bullía en su cerebro. Las escenas de la noche anterior se le antojaban un sueño delicioso. Un olor acre á perfumada carne de hembra, permanecía pegado á sus mucosas.

Anduvo largo rato sin rumbo, fumando cigarrillos y paladeando esencias de Leonor.

En el espejo del escaparate de una joyería se miró. Su cara sin sangre, sin expresión, parecía una mascarilla de yeso.

Muchos pendientes, muchas pulseras y muchos amuletos brillaban á través del cristal. Junto á las joyas verdaderas se veían montones de baratijas falsas que

casi lucían más que las de ley. Ricardo pensó entonces en la verdad y en la falsedad del amor. Encarnación y Leonor eran las joyas que tenía ante su vista. ¿Cuál de las dos era la verdadera? El tiempo, que es piedra de toque, se encargaría de probárselo.

Sin darse cuenta, se encontró en el portal de su casa. Su querida había ido al mercado á hacer la compra.

Se sentó Ricardo en la cama, que aún conservaba calor, y se puso á discurrir de dónde sacaría dinero para pagarle la cena aquella noche á Leonor.

Continuaba sentado en el camastro, con una colilla de cigarro pegada en el labio inferior, con el sombrero abollado y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, cuando se apareció Encarnación. Tristemente le dió los buenos días á Ricardo.

Encarnación era marselesa: frisaba en los veinticinco años y vino á Buenos Aires á ser institutriz de unos chiquillos de gente copetuda de la avenida Alvear.

El hijo mayor de la casa donde daba lecciones, empezó á perseguirla y á ir

detrás de ella como va el chacal en pos de la carne.

Una noche, entró el muchacho en la alcoba de Encarnación: juntó sus labios á los labios vírgenes de la marselesa y mendigó entre sollozos fingidos y espasmos de lujuria, un poco de amor: Encarnación fué, poco á poco, bajando el diapason de las protestas y se apenó de ver llorar al muchacho.

La herida causada en su doncellez, se curó con unguento de besos y masage de caricias.

Aún recuerda con horror la noche que le sorprendió el ama de llaves en los brazos del muchacho. Este en vano se acurrucó entre las cobijas de la cama: en vano los dos, á dúo, pidieron perdón á la endemoniada vieja.

A la mañana siguiente despidieron de la casa á Encarnación.

Desde aquel día, rodó por las calles, llevando vida airada, acudiendo á las casas de cita, durmiendo hoy con uno, mañana con otro. Herida por las abejas del jardín de Venus, fué primero al hospital, y una vez curada, se metió de camarera en un café cantante.

Allí conoció á Ricardo. Un buen día, salieron juntos, y desde entonces no han vuelto á separarse.

Encarnación se desvivía por complacer á Ricardo; le amaba con la fiereza de quien ama por primera vez en la vida. Las caricias sensuales regaladas por el chiquillo de la avenida Alvear, habíale servido de aperitivo para el banquete de pasión que le ofrecía la juventud de Ricardo.

Hablaba admirablemente el francés, el inglés y el castellano. Tenía la virtud de amoldarse á todas las situaciones. Con el sueldo del periódico, que intacto le entregaba Ricardo, ella hacía la mar de habilidades.

Ricardo, miraba á su querida, cómo sacaba de la cesta los pedazos de carne cruda, varias patatas, una botella de leche, un montón de panecillos y un manojo de lechugas. Al poco rato encendió el infiernillo de aceite mineral y se puso á preparar el desayuno.

—¿Quieres tomar leche sola ó con café? le preguntó á Ricardo.

—Lo que quiero es que me saques de

ahí esas chuletas que huelen á sebo que es un asco.

—Vienes muy delicado de olfato. Debes haber aspirado perfumes muy exquisitos durante toda la noche.

—¡Y tan exquisitos! Como que he estado velando á una muerta.

—¿A quién?

—A Carlota Mena.

—¿Qué, se ha muerto?

—Ayer por la tarde.

—¡Pobrecilla! El domingo la vi en misa. ¡Quién había de decir! ¿Y cuándo la entierran?

—Hoy á las diez de la mañana.

—¿Tú irás, por supuesto, al campo-santo?

—Sí.

—¿Será muy lujoso el cortejo?

—No lo sé.

—¿Deja familia?

—Tampoco lo sé.

—Pues estás enterado. Si no hablas más fuera de casa, debe ser interesante el estar contigo. Te has vuelto insoponible de un tiempo á esta parte. Y total, la que lo paga soy yo.

—¿Tú?

—¡Yo! Aperreada continuamente, sin ver el mundo por un agujero, y como si esto no fuera bastante, sin tener quien me brinde afectos.

—No digas estupideces, mujer.

—Me parece que soy digna de que me trates un poco mejor; como me tratabas antes.

—¿Mejor, en qué sentido?

—¿En qué sentido?

—Mira: ya sabes el trato que hicimos la primera noche de nuestro amor. Si estás aburrida de mí, ó has encontrado quien te proporcione caricias más delicadas que las mías...

—¿Pero tú crees que yo puedo amar á otro hombre que no seas tú?

—¿Yo qué sé?

—Tú qué sabes... qué sabes...

—Mira, es preferible que no hablemos.

—Cierto. Así como así, acabaré por darte la razón. ¿Vas á desayunar?

—Bueno.

—Lo que debes hacer en seguida es acostarte.

—No, porque voy á ir al entierro. Además, necesito buscar un poco de dinero.

—Pídeselo al empresario.



—No me lo dará.

—Hay una obra tuya en el cartel.

—¿Te has olvidado que ya nos hemos comido el producto de esta obra y de la que se está ensayando?

—Entonces pídele un adelanto al administrador del periódico.

—Tú no me tienes que dar instrucciones.

—¡Bueno, hombre, bueno! De todos modos no debes estar mal humorado por eso. No ha de ser una cantidad del otro jueves... Lo dicho, hijo, estás insoportable.

Mientras sorbian el café, Encarnación se miraba en el espejo verdoso de su tocador, y decía para sus adentros: «No me he vuelto fea, no... yo debía ser más coqueta, arreglarme mejor... Este peinado liso y llano, sienta mal á mi cara redonda. Con un poco de polvo en las mejillas, luciría más el negro de mis ojos y parecerían más rojos mis labios... Estoy poco excitante. Juro que desde hoy en adelante, me ajustaré el corsé para que se modele mi cintura, para que mi pecho esté levantado... Entonces Ricardo volverá á apasionarse de mí».

—Esto de tener que salir á buscar dinero... exclamó de pronto Ricardo.

Encarnación, aún se estaba mirando en el espejo. De sus orejitas, colgaban como dos gotas de agua, unos pendientes de brillantes que se los había regalado Ricardo la noche que salieron juntos del café. Se quitó los pendientes y dijo con delicada coquetería: «Mira, lo mejor que podemos hacer, es empeñar esto. ¡Para la falta que á mí me hacen! Cuando tengas dinero los desempeñas y en paz».

—¿Qué haces, mujer?

—Evitar que sigas malhumorado. Compras de paso unas violetas y se las echas en mi nombre al féretro de Carlota.

Una ola de sangre, subió á la cara de Ricardo. Estaba avergonzado. Iba á confesar su traición, á pedir perdón á aquella compañera excepcional, pero la silueta de Leonor cruzó rápidamente ante su vista. Pensó en las horas de placer que le aguardaban y se limitó tan sólo á dar las gracias.

El entierro de Carlota, tuvo lugar á las diez. Los del duelo, como si no hubiera

pasado nada, se fueron del cementerio al ensayo.

A las cuatro muy dadas, salió Ricardo de la redacción de *La Aurora* y se fué al hotelito de Leonor.

El portero, que ya estaba avisado, le hizo pasar á la salita.

Una cabeza despeinada, asomó por entre las borlas de uno de los cortinones y habló:

—Oye, Ricardo; estoy sin afeités, al natural... acabo de bañarme. ¿A dónde me vas á llevar?

—A donde tú quieras.

—Mientras me visto, discurre una parte rara. ¿Has pensado mucho en mí?

—Mucho.

—¡Eh! señor don Ricardo; ¡quietecito en ese sofá! Pues no faltaba más que sorprendiese Vd., en camisa, á la señorita Leonor.

Ricardo desobedeció el mandato, descorrió la cortina y estrechó entre sus brazos á Leonor.

—¿Quieres ver cómo me visto? Entra, entra

Iba á ponerse el sombrero, cuando el criado le alcanzó una tarjeta. Al leerla

dijo: «¡Malditos importunos! ¡Regúlez! No me deja á sol ni á sombra. Verás en qué momento le despido. Dígale usted que pase... que ya voy.»

Era Regúlez un solterón millonario, bastante buen mozo y muy espléndido con sus queridas, á quienes pagaba con cheques de banco y brillantes. Llevaba fama de haber sido amante de las mujeres más lindas de Buenos Aires.

Leonor entró á la salita con sonrisa fingida, diciendo: «Amigo Regúlez, viene usted en momento bien inoportuno.»

—Por lo visto iba Vd. á salir.

—Si, pero podemos charlar un ratito, nada más que un ratito.

—Seré breve. Vengo á invitar á Vd. á una fiesta que celebro esta noche en mi quinta Las Violetas. Quiero que nos reunamos un grupo de amigos, con el objeto de pasar unas horas alegres, y sobre todo, con el objeto principalísimo de tener á Vd. al lado mío.

—Pero, simpático amigo, ¿á quién se le ocurre dar en invierno y por la noche, una fiesta en una estancia de campo?

—Es que allí podremos estar con más libertad. Luego, la originalidad del via-

je... Nos iremos después de la función en tren expreso.

—Antes de aceptar, dígame Vd. quiénes son los invitados.

—Pues verá Vd. Aquí tengo la lista.

—Léame Vd. los nombres principales.

—Del teatro de la Opera he invitado á la Scalpini, á la Esmeralda, al tenor Ferri, al barítono Massetti y al director de orquesta. De la Zarzuela y la Comedia, lo mejorcito; del circo San Martín al prestidigitador Nofre y al pierrot Neleto; del Politeama, á la primera aettriz. Esto en cuanto á gente de teatro. Agregue usted todos los amigos que frecuentamos su camarín, algunos periodistas...

—Por lo visto va á ser aquello una *juerga* por todo lo alto.

—La quinta parecerá un castillo encantado. La reina de la fiesta será usted.

—Gracias. Cuente Vd. con mi presencia.

—No esperaba menos de usted.

—Entonces, hasta luego, mi querido Regúlez. Usted dispense que le despidan... Ya hablaremos esta noche más despacio.

— Leonorcita evitando siempre mi compañía. Hasta después.

— Adiós.

— Ha sido una visita instantánea.

— En su quinta será con exposición.

Cruzaba el vestibulo Regúlez, cuando Leonor gritó: «Ricardo, Ricardo, vámonos.»

— ¿Y vas á asistir á esa fiesta?

— Parece que has estado oyendo.

— Claro que sí.

— Si tú no quieres...

— No; por mí no te prives...

— Estoy á tus órdenes. Tomaremos coche de alquiler para pasear por donde se nos antoje. Por la esquina pasan muy á menudo.

Al subir al cupé, le dijo Ricardo al auriga: «Toma la calle que gustes.»

— ¿Y á dónde me llevas, Ricardo?

— Ahora lo pensaremos.

— Oye, ¿sabes dónde tengo pipia de ir? A esos cafés que hay en el puerto. Desde que desembarqué no he vuelto á pasar por ahí.

— Me parece muy buena idea, respon-

dió Ricardo, y asomándose por la ventanilla, gritó: «¡Cocheero, á la Dársena!»

El coche cruzaba á todo escapé la calle Florida, dobló entonces por la avenida de Mayo y se metió en la plaza de la Victoria.

Al llegar al paseo Colón, empezaba á anochecer. Los arcos voltaicos chorreaban su luz de plata; los tranvías eléctricos se deslizaban como una exhalación y en la lejura, los farolillos de los mástiles de las embarcaciones se confundían con las estrellas del cielo.

—Ya hemos llegado.

—Te prevengo, Ricardo, que quiero comer en uno de esos fondines.

—No, mujer.

—Sí, sí, sí. Estoy hastiada de mesas lujosas y de criados de frac. Verás con qué gusto vamos á engullirnos algún guisote ordinario y á beber vino en vasos de vidrio gordo.

—Nos meteremos en el café más decente.

—En cualquiera. Dí al cocheero que pare.

Bajaron del carruaje y echaron á andar por una de las aceras.

— Oye, Ricardo, ¿qué dice ahí? No distingoo... «A la u...va apeti...tosa». ¿Y allí que dice? «Al tonel de Baco».

A cada momento Leonor leía: «El león de Caprera», «Wirthaus», «Taberna del general Prim», «Debit de Boissons», «Auberge Carnot», «¡Olé, mi niña! y pescao frito», «Public House», «Inn», «Trattoria», «¡Ay, que no!». «Café cantante y posada de la marselesa».

—Aquí, Ricardo; entremos aquí...

Al oír marselesa, Ricardo palideció.

—Dame el brazo, hombre.

En el pequeño foyer se leía en tamaños caracteres rojos y azules: «Café cantante».

Al entrar se veían retratos, guirnaldas de hojas secas, gallardetes, programas escritos á mano, farolillos de colores y dos pizarrones donde estaban escritas las novedades de la función:

*Pierrot trasionero y Colomina  
bengativa*

*Decorado y tragues nuevos.*

*Nuevos*

*Artistas, cuatro músicos maz  
y un violín y coro adentro*

*Oy estreno oy.*



El salón era largo y angosto. Al fondo se levantaba el escenario; una porción de mesas, llegaban en hilera hasta la tarima de la orquesta.

Junto al mostrador, un hombrecillo de barba canosa y enorme jiba en la espalda, servía de comer á las camareras.

Ricardo y Leonor se sentaron. Al verles, acudió corriendo el hombre de la jiba.

—¿Qué va á ser?

Ricardo dijo: «Quisiéramos comer alguna cosa. Múdenos Vd., ante todo, el mantel.»

—No hace falta, interrumpió Leonor; con tal que las servilletas estén limpias, nos basta. Tráiganos Vd. de lo que comen aquellas muchachas.

—¿Qué vino van á tomar? Tengo un Malvasia exquisito y un Chianti capaz de resucitar á un muerto.

—Pues Chianti y Malvasia, gritó Leonor.

El dueño del café, fué corriendo á los estantes y comenzó á bajar varias botellas.

—Mira que ha sido ocurrencia la tuya... Por mí no me importa.. Estoy acostumbrado á cosas peores.

—¿Te parece poca fortuna habernos metido en la casa de un jorobado? Esto trae suerte.

—Aquí están las botellas. ¿Quieren ustedes que les abra alguna lata de conserva?

—Bueno.

—¿Y un poco de jamón, les apetece?

—Sírvanos Vd. de lo que guste. Entregamos nuestro apetito, á la voluntad de usted. ¿No es cierto, Ricardo? ¿Pero, qué te pasa?

—Nada...

—¡Bebe... bebe!... El vinillo te entonará. ¡A tu salud!

Mientras comían, Ricardo se acordaba de la época en que conoció á Encarnación en un café como aquél.

Leonor, con tartamudeces de borracha, le decía á Ricardo que llamase al dueño del café para tocarle la joroba. «Eso da suerte... da suerte...»

Poco á poco fueron llenándose las mesas de parroquianos. Entraban marineros de todas las nacionalidades, trabajadores de los barcos, ladrones, mujeres perdidas

—Me parece que ya es hora de que nos retiremos. ¿No es cierto, Leonor?

—Hasta la última tanda no trabajo. Quedémonos á ver la función.

—No, de ninguna manera... vámonos... Hazme caso; lo digo por tu bien. Mira qué gente hay á nuestro alrededor.

—Pues yo estoy muy á gusto aquí. De buena gana subiría á ese escenario á cantar, á divertir á estos infelices...

Después de un tira y afloja, Ricardo pudo sacar de allí á Leonor.

En el coche iban abrazados; de rato en rato juntaban sus bocas y permanecían mordién dose los labios hasta que se les concluía el aliento.

Leonor, con la cabeza recostada en el hombro de Ricardo, decía: «Seremos los enamorados más dichosos de este mundo. Pero para eso hace falta que me obedezcas en todo: que no seas celoso...»

—Si no quieres á nadie más que á mí, ¿de quién voy á tener celos?

—Ya sabes que luego vamos á ir á la fiesta de Regúlez. Allí te ruego que disimules nuestro amor. Me parece que Regúlez cae. Será nuestro primo carnal.

—No te entiendo.

—Que le sacaremos abundante parné. Regúlez es cosa mia esta noche. Mira, desde mañana, no te preocupes de nada. Tú serás mi amante de corazón. Los otros... ¡ah... los otros...!

—¿Qué otros?

—Los que tienen que pagar mis coches, mis criados mi cocinero, mis lujos...

—No te entiendo. Entonces, ¿qué soy yo para tí?

—Ya te lo he dicho: mi amante de corazón.

—Tú comprendes que un hombre como yo, no puede aceptar situaciones de esa naturaleza.

—¿Por qué?

—Porque yo quiero que tu cuerpo y tu alma sean sólo de mi pertenencia, ¿lo entiendes?; ¿lo entiendes?

—Voy á probarte que eso no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Tú tienes cómo mantenerme?

—No y sí.

—Explicate mejor.

—Si sigues arrastrando este boato, claro que no.

—Más modestamente viviría.

—¿Cuál es el límite de tu modestia?

—El que es digno de mí.

—Los medios de fortuna de que dispongo, son pobrisimos; no tengo dinero, pero puedo ganarlo, y entonces todo será para tí.

—Hablemos francamente. Entre dos que han dormido juntos, porque se quieren, sin esperar el uno del otro más recompensa que caricias, bien se puede hacer uso de sinceridad. Yo, Ricardo, te quiero y te querré. Tu dices que me amas. Pues bien, todo placer trae consigo una desdicha.

—Sé más breve.

—No te pongas nervioso y escucha. ¿Dices que me amas?

—¡Sí! ¡sí!...

—Entonces estarás dispuesto á hacer por mí...

—Toda clase de sacrificios...

—Incluso el de consentir que yo siga arrastrando ese boato de que has hablado anteriormente.

—Te he dicho que soy pobre.

—Eso no es inconveniente. Escucha: te juro por... ¡no sé por quién!... que

no he querido á nadie como á ti. Tuyo es mi corazón, mi alma... todo, Ricardo, todo... Pero yo necesito dinero... mucho dinero, para gastar, para darme buena vida....

—Yo no puedo proporcionártelo.

—Yo puedo ganarlo para tí y para mí. ¿Callas?... ¡Ay, qué chiquillo!... ¡Te será fiel lo espiritual de mi persona; ¿qué importa que mi cuerpo te traicione?

—Leonor.... Si no me pareciera un sueño todo lo que me ha pasado y me pasa de ayer á hoy, ahora mismo, en menos tiempo que tardan tus párpados en juntarse y volverse abrir, te echaria las manos al cuello y te ahogaria. Debo haberte pintado muy mal mi pasión, cuando quieres hacer conmigo ese pacto odioso...

—¡Qué infantil! ¡Qué poco humano! ¡Cuántos quisieran estar en tu pellejo!

—Pero yo, sin duda, debo haberte parecido un infelizote.

—No; el infelizote me resultas ahora. Te creí hombre de talento; veo que eres uno de esos tantos seres cursis que al

enamorarse no anhelan otra cosa que el sacrificio del ser que les quiere.

—¿Y qué sacrificio reclamo yo de tu persona?

—El de descender á una pobreza que no se aviene con mi carácter.

—Si me amases de verdad, descenderías de un brinco hasta el pozo de mi indigencia.

—Es que para amar de verdad, necesito de todo esto que hace que la existencia sea medio soportable. ¡Pero bajar á los antros de la pobreza! ¿A qué? A amar; digo mal, ¡á amar, no! á sufrir, á pasar las noches en un mal catre y á vivir en una jaula mal oliente de casa de vecindad.

—Anoche soñabas con eso.

—Es cierto, soñaba; ahora que estoy despierta, anhelo todo lo contrario. Supongamos por un momento que cometo la tontera de dar ese brinco. ¿Caería en tus brazos, verdad? Pero supongamos también que te aburres de mí:

—Yo...

—O que yo me aburra de tí; todo puede suceder. Y te pregunto: ¿cómo vuelvo á subir hasta esta altura? Sé

que de un brinco se baja; mas también sé que se llega á donde yo estoy, cansada de bregar, con el alma herida y el corazón encallecido. Déjame gozar de la altura aun cuando sienta la impresión del vértigo. Volé con alas hechas de plumas de vilipendio y de vicio. No pretendas que trueque mis gustos de princesa por los de una fregona. Acepta, Ricardo, y seremos los enamorados más felices.

—Para eso sería necesario que se me cristalizase el sentido moral. Consiente en descender. Luego subiremos juntos, tu apoyada en mí.

—Es que para eso, sería necesario que se me cristalizase mi vanidad de mujer.

—No podemos entendernos.

—El que no quiere entender eres tú.

—¡Tú!

—Los dos.

—Es cosa de perder la razón. De modo que prefieres á un hombre sin decoro, á un hombre que viva del dinero que ganas metiéndote en la cama con otro hombre... Si aceptase eso, sería el más grande de los sinvergüenzas.



--El amor no tiene vergüentza! Constante que si te hablo así, tan descaradamente, es porque estoy enamorada de ti.

—Pocas pruebas das.

—Empiezo por ser franca.

—Si eso es la franqueza, maldita sea la franqueza; y si ése es el modo que tienes de corresponder á mi cariño, ¡maldita seas, Leonor! Porque yo sí que te quiero como no te ha querido nadie en este mundo. Y me pagas, proponiéndome una indignidad, clasificando mi proceder de ingenuo y de tonto. ¡Tonto . . . tonto! ¡Oh, diera todo lo que me resta de vida por ser rico! ¿Y sabes para qué? Para que pudieras decirme francamente cuánto vale la noche que he pasado contigo . . .

—No sabes lo que hablas.

—Yo mismo me doy asco. . . me das asco y ¡adiós! . . .

Abrió la portezuela y se bajó bruscamente del cupé.

Leonor aún le gritó: «¡Ricardo, Ricardo!» Su voz se perdió en el silencio de la noche.

El cochero detuvo los caballos y preguntó: «¿Qué pasa?»

—Nada. Siga Vd. á escape hasta el teatro Variedades.

Iba recostada en el fondo del cupé. El remordimiento del error cometido, empezaba á palpar en el seno de sus emociones. Su actitud, parecía, sin embargo, tranquila.

Fué un compás de espera para adquirir mayores bríos; la energía emocional se desbordó de pronto y comenzó á llorar nerviosamente.

Una porción de ideas á cual más disparatadas, acudian en tropel á su cerebro. Hubiera querido desdoblarse, ser otra ella, para pegarse y castigarse.

Con voz ronca decía: «Ese hombre volverá á ser mío . . . mío . . . Oh sí . . . yo me vengaré, yo haré que se arrastre á mis plantas para tener el gusto de vejarle; para que su amor hacia mí, venza á su dignidad. Entonces ¡oh! entonces...» Y se cubría la cabeza con las manos, se mesaba el cabello, lloraba, maldecía. . .

En un estado horrible de depresión nerviosa, llegó al teatro. El bullicio y las luces le sorprendieron bruscamente. Con los puños apretados, pegó en los

cristales del coche: «No, aquí'no'. . . por la puerta del escenario». La piedra de uno de sus anillos rajó el cristal de la portezuela.

Subió al cuarto desesperada. A la camarera casi le dió un grito porque le contradijo en una cosa insignificante; y al portero del escenario le dijo cuatro frescas porque le mandó avisar que el cochero quería que le pagasen.

—Alcánzame ese frasco de esencias.  
No. . . violeta no. . .

—¿Cuál, entonces?

—Ninguno: vete. . . déjame sola. . .

—Pero ¿qué es lo que le pasa á usted?

—Nada. ¡Ay, Dios mío, qué mareos!

—Será que se ha enfriado.

—¿No me ves que estoy acalorada?

—Entonces . . .

—Déjame sola.

—Me iré.

—No. . . no te marches.

—¿Llamo á un médico?

—¡Ni que me estuviera muriendo!

Es que . . .

—Alcánzame el frasco de la violeta. Oliendo se me pasará. ¡Qué mala estoy! ¡Claro! ¡no me haces caso, me

abandonas, no te preocupas de mí .  
claro. . . claro!

—Señorita, yo. . .

—¡Si todavía pretenderás tener razón!  
Tápame bien. ¡Qué frío! . . . ¡Uy. . . Uy!  
Cómo arde mi cabeza. . . Entre todos  
me vais á matar. Averigua dónde vive  
el señor Ricardo.

—¿Qué Ricardo?

—El autor de esa fantochada que va  
en cuarta sección.

Cuando salió la camarera, Leonor se  
miró en el espejo, se arregló los cabel-  
los y se pasó por la cara rápidamente  
el cisne de los polvos.

—Vive cerca de aquí; calle Venezue-  
la 913.

—Vas á ir á llevar una carta. Saca  
un pliego del estuche; alcánzame el  
lápiz.

Con letras que parecían patas de mos-  
cas escribió: «No falte Vd. esta noche  
al baile de Regúlez. Se lo pido enca-  
recidamente.—*Leonor.*»

—Dame un sobre. Haz bien el encar-  
go ¿eh? Preguntas por este señor, y si  
no está. . . pero no. . . yo misma iré á  
llevarla. Vamos, mujer; no te quedes

abriendo la boca. Ponte la toquilla. De cualquier modo, mujer; de cualquier modo. . .

---

Era una casa de vecindad, de aspecto sombrío. Desde la cancela vió Leonor un patio largo y estrecho, cuyo fondo terminaba en un muro altísimo, bordado por una enredadera de hojas sécas. La luz de la luna, pintaba de blanco las paredes y el suelo: un silencio sepulcral, envolvía con manto de tristeza á toda la casa.

A Leonor le parecía aquello el escenario de un teatro, representando un cementerio. Telón de follaje mustio á todo foro; muchas puertas laterales que eran los nichos; bambalinas de nubes acariciadas por rayos de luna....

El reloj de la iglesia vecina, sonó las once; una nube negra que majestuosamente se paseaba por el cielo, mató por breves instantes la claridad lunar. Pasó la nube, y al surgir nuevamente la luz, se volvió á formar en el muro una tela blanca de blondas primorasas.

—Marcela, acércate.

—¿Jesús y cómo tiembla Vd., señorita!

—Es frío... dame el brazo. Llamemos en la portería.

Con los nudillos, pegó nerviosamente en los cristales. Al poco rato, salió un hombre viejo.

—¿Sabría Vd. decirnos qué número tiene el cuarto del señor Ricardo Rosales?

—Vive en el 39. Pero no debe estar... Se recoge casi de día. Su mujer quizá esté levantada.

—¿Su mujer?

—Sí, señora; su mujer. Sigán Vds. hacia adelante, una... dos... la décima puerta.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

Desfalleciente, temblerosa, llegó Leonor al cuarto de Ricardo. A través de los cristales velados por unos visillos color celeste, vió una cama de hierro, un armatoste lleno de libros, una mesa, y junto á la mesa, á Encarnación, con la cabeza apoyada en sus brazos.

Leonor sintió que su cuerpo se le desplomaba, que la mecha del quinqué daba una luz muy roja, y creyó que aquella divina rubia, venía hacia ella, para abofetearle, para quitarle á Ricardo, para

decirle, «Es mío, porque soy suya en su pobreza; mío, porque le quiero más que tú; mío, porque el fuego de su amor purificó mi alma; mío, porque sufro con sus sufrimientos y gozo con sus alegrías; mío, porque mis labios no besan más que sus labios; porque le soy fiel en cuerpo y alma...»

Y aturdida, vencida, sin fuerzas, cruzó el patio y se metió en el cupé.









#### IV

Efectivamente, parecía un castillo encantado la mansión de Regúlez. Entre las plantas del jardín, huérfanas de follaje, brillaban cual luciérnagas enormes las bujías de luz incandescente. Las ventanas del frente, se incendiaban en una luz opacada por el rocío. Desde la estación, aquellos cristales heridos de fuego semejaban los ojos de monstruos extraños.

En el portón de hierro, una alfombra blanca, marcaba á la concurrencia la senda que conducía á los salones.

La orquesta, colocada en el *hall*, recibió á los invitados con un torrente de notas alegres. Y aquella legión de enfracados y de mujeres escotadas convirtió los salones de Regúlez en un poema de luz.

Los labios ritmaban las risas más sonoras; las retinas se herían mutuamente; por todas partes palpitaba el principio del placer y eran triunfadores efímeros los ojos negros y azules; las cabelleras negras y rubias, que en ondas voluptuosas caían sobre los hombros desnudos; los brazos redondos y blancos como pétalos de rosas te; las curvas gráciles; las amplias caderas; las bocas frescas y rojas; los dientes relampagueantes....

Comenzó el baile. Giraban las parejas al son de un vals lujurioso. Del suelo surgían haces luminosos, azules, negros, rosa y oro, que tomaban la forma de hombres y mujeres.

Jadeantes, excitados después de aquel abrazo de un cuarto de hora, los bailarines se desparramaron por sillones y divanes. Los mozos del ambigú, astillaban el aire del comedor con los taponazos de las botellas de *champagne*.

---

Mientras las copas oblongas se pintaban de oro, la orquesta preludió unas sevillanas. Regúlez arrancó de la pared un mantón de Manila y se lo puso en los



hombros á la bella Rosaura. Alguien trajo entonces del guardarropa un sombrero calañés, que voló desde un extremo de la sala á los pies de la chula improvisada. Entre palmoteos y *olé*s, la bella Rosaura se encasquetó el calañés, terció el mantón y se arrancó por sevillanas.

—¡Anda, niña, menea más los brazos! gritaba Consuelo; y Rosaura retorcía su cuerpo endeble en los flecos del pañolón, y sus piececitos bordaban trenzados prodigiosos.

Los *olé*s con marcado acento criollo, espoleaban á la bailarina, quien al poco

rato se tiró al suelo, rendida de cansancio. Mojaba el bozo casi imperceptible de su boca, el sudor, como rocío caído en una flor de carne roja.

Se formaron diversos grupos. Junto al piano, Leonor y Regúlez; más allá, la Scalpini y Ernesto; el tenor Ferri con Gaspar y Ramón en un sofá; Nofre y el pierrot Neleto, se hartaban de beber.

Entraron al salón Ricardo Rosales y Héctor Viel, los únicos que no vestían frac.

Era Héctor Viel un hombre de figura extraña. En la enorme altura de sus hombros arqueados, su cabeza se doblaba hacia adelante, causada de haber subido tanto. En su cara triangular casi, brillaban dos ojos garzos, cuyas miradas repartían rayos de tristeza por las pestañas larguísimas. A ratos, invertía las pupilas como para ver lo que había dentro de su cerebro. Las cejas, arremolinadas siempre, más que cejas parecían bigotes. Constituían ellas el adorno característico de aquella frente pálida surcada de arrugas prematuras y acariciada constantemente por mechones de pelo negro. La nariz, abultada levemente en el centro,

cabalgaba sobre unos bigotes ralos. Se pasaba tiempo indefinido sin afeitarse, lo que hacía resaltar más la blancura verdosa de las mejillas.

Héctor Viel, era, para unos, un ser genial; para otros un idiota; escribía revistas de teatro, con un sentido crítico atrabiliario á veces, siempre admirable. Para él, más que críticas, significaban esas páginas, desahogos. Cada artículo era una especie de válvula por la que salían los malos humores del espíritu.

Repartía Viel, su temperamento sensual, en leer obras extraordinarias y en poseer mujeres hermosas. Una mujer, para él, era un libro de arte: se entretenía en rasgar las páginas; leía entre líneas; gozaba totalmente y hacía gozar. Luego desencuadernaba el libro con desdenes, lo arrojaba lejos y le quedaba sólo el recuerdo que había de servirle, después, para hacer comparaciones. Anhelaba encontrar su ideal, amar á una sola, para odiar á las demás.

Ricardo, avergonzado, cohibido, se acercó con Héctor Viel al grupo de Consuelo.

—¿Pero de dónde salís vosotros? preguntó ésta.

—No queríamos entrar, contestó Viel; pero, hija mía, atraes poderosamente, y hacia tí vengo sin yo quererlo.

—Pues siéntate, que pareces un escape de gas. ¡Qué hombre más alto! Tú y Manuel parecéis la e y la i. Para besar, te tendrás que encoger; en cambio Manuel tendrá que empinarsé.

—A mi, dijo éste, me basta con llegar á la mujer á la altura del corazón.

—Pero tú siempre triste.

—¿Lo dices por mí, Consuelo?

—Por tí, Ricardo; porque me da fatiga el verte así. Déjate de mimeces y alégrate conmigo.

En un sofacito estaban sentadas Trini y Clota, dos mujeres hermosísimas. La una era rubia, de cara pálida y ojos tirando á verde, de boca pequeñita, de cuerpo menudo con curvas levemente diseñadas. La otra, por el contrario, era robusta, de amplias caderas y seno abultado, la nariz respingada y sensual; los labios á manera de belfos, los ojos, negros, tan negros como su abundosa mata de pelo rizado.

La morena miraba á la rubia con ojos de gata en celo y la rubia á la morena con languideces de mujer ahita de sensualismo. De rato en rato sus cabezas se juntaban como un jirón de noche y de sol. Las dos despreciaban la fiesta. Estaban abstraídas en su mutua contemplación.

—¿Esas son las amigas de que me habéis hablado? dijo de pronto Consuelo ¿Pero es verdad, Manolito?

—Yo no concibo cierta clase de placeres, contestó Manuel.

—¡Si yo te contase muchas cosas que sé! añadió Héctor Viel. ¿Conoces á Carmencita, la mujer de Fuensanta?

—Ayer la he visto, precisamente con su marido.

—Pues me ha contado un médico que visita la casa, que Carmencita es la pasión de una rubia, casi de su misma edad. Se pasan todo el día besuqueándose, y según parece, es más marido de Carmen la rubiecita de mi cuento, que el pobre Fuensanta.

—¡Oh, eso es el colmo! gritó Consuelo. Si yo fuera hombre, preferiría mil millones de veces que mi mujer me banderi-

llease con otro hombre. ¡Llevar cuernos puestos por una mujer! ¡Oh!

—Yo protesto, mis queridos amigos, dijo Viel. Dos mujeres bonitas que se aman son dos bellezas que se juntan. Para mí, no hay nada más admirable que una pasión como la que se tienen la Trini y la Clota, sin ir más lejos. Imaginaos á ellas dos, desnudas, revolcándose en una piel de pelos negros, con las piernas trenzadas, los senos turgentes excitados, los ojos en blanco. . . . Unos dientes que muerden y unos labios que besan.

—¡Ay, hijo mío! eso es un emparedado que me resulta muy tonto. Pan y pan, y luego entre medio nada. Dame á mi la piel atigrada y dos seres que se quieran, pero que sean de sexos distintos. El contraste, hijo, el contraste, repetía Consuelo. Que se entremezcle el aliento perfumado de la mujer con el olor á tabaco del hombre; que de un cuerpo robusto, salgan dos brazos de músculos venosos que aprieten, que aprieten. . . . Que el beso de la mujer sea caricia y la caricia del hombre sea mordisco. . . . Lo demás es música celestial. ¿Ves ese foco que alumbra el jardín? Bueno: pues si sus



carbones no fueran de polos distintos, no darían luz. Si me metes en la cama á mi con la Trini, pongo por caso, no saltará entre mi cuerpo y el de ella la chispa de amor... Cállate y no te metas á defensor de imbecilidades. . .

—Es que tú ves el amor de Trini y de Clota, á través de un prisma distinto al mío. Eres poco artista...

—Pero soy más humana que tú. Te parecería muy bonito que tú y Manuel...

—¡Eso ya es muy distinto!

—Para mi es el mismo caso.

—Seríamos dos fealdades que se juntaban y aunque fuerzas contrarias de igual magnitud se destruyen...

—Acabas de poner el dedo en la llaga, interrumpió Consuelo. Tú me has dicho, mi querido Viel, que yo soy bonita.

—Ya lo creo.

—Pues si me juntase con la fealdad de Manuel...

—O con la mía...

—¿Verdad que no nos destruiríamos?

—Claro está que no.

—¡Lo ves... lo ves...!

—Ahora cállate, porque la italiana an-

tipática va á cantar el raconto del primer acto de *Bohême*.

La Scalpini, se acercó al piano, al propio tiempo que manoteaba el teclado el director de la Opera.

*Mi chiamano Mimi*

gorjeó la soprano...

—No me condenéis á no hablar. Mira Héctor un poco á Ricardo. Parece que va á tragarse con los ojos á Leonor. Está en actitud de decirle luego, como el Rodolfo de Illica y Giacossa: *Yo soy el poeta y tú eres la poesía...*

—Buena está Leonor, contestó Viel. Como no le escriban los poemas en letras de banco.

—Son los únicos poemas que no tienen ripios, agregó Consuelo. ¿Vamos á aguantar la lata lírica hasta el final? Estas juergas aristocráticas me encocoran. El ambigü nos espera. Oye tú, Manuel, no papes moscas, y tú, *percalina*, pensemos que desde esta sala nos contemplan media docena de botellas de Jerez con sus correspondientes pechugas de pavo.

—Tienes razón, iremos al comedor.

—Andando.

—Y la Leonor ¿cae, ó no cae, Ricardito? Me parece que ésa es una breva que no va á madurar para tí. Menea el árbol á ver si cae.

Luego que cantó la Scalpini, hizo Notre pruebas de prestidigitación y el pierrrot Neleto dió volteretas y representó una de sus *entradas* cómicas.

Ricardo no hacía más que pasar por delante de Leonor. Dos veces fué á dirigirle la palabra y se volvió lleno de miedo. Héctor le pegó en el hombro y le dijo: «No seas estúpido. Esa mujer se está apercibiendo de tu corbada y va á acabar por burlarse de tí. Huye del ridículo, pero no del fracaso.»

—Si yo no he fracasado.

—Entonces....

—Déjame.

—¿Te hace ó no te hace caso Leonor?

—Déjame. Vete disimuladamente, que voy á saludarla.

Pálido, con la boca seca y el corazón palpitante de emoción, comenzó así su diálogo:

—Hace la mar de rato que rondo junto á usted.

—Ya lo he visto. Ni que nos hubié-

ramos declarado una guerra á muerte..  
Qué miradas incendiarias las de usted,  
¡válgame Dios! ¿Es odio ó fuego de  
amor el que se le escapa por los ojos?

—Las dos cosas.

—Forman una mezcla antipática ¿O  
una cosa ó la otra? Pero observo que nos  
tratamos de Vd. ¿Cuántas horas han  
pasado desde que nos dimos el último  
beso?

—No sé... cuatro ó cinco. A mí me pa-  
rece un siglo. ¿Y á usted?

—La medida del tiempo no existe para  
mí. Ayer me parecía que nos amábamos  
de toda la vida y ahora, que acabo de  
conocerle. Usted no debía haber nacido  
en nuestra época...

—Dejémonos de tonterías. Dígame la  
impresión que le ha causado mi proce-  
der.

—Á ciencia cierta no sabría contestar-  
le. O es Vd. un soberano tonto, ó un gran  
hombre.

—Ni lo uno ni lo otro. Soy un hombre  
decente. ¿Quiere Vd. que conversemos  
como buenos amigos?

—Ahora y siempre. Yo quiero ser  
amiga de usted.

—¿Nada más que amiga?

—Nada más. Las cosas hechas de prisa, viven poco: nuestro amor fué improvisado y se ha disuelto como un puñado de sal arrojado en un estanque.

—¿Y no podríamos hacerlo renacer?

—Sembraría Vd. la semilla 'en tierra estéril.

—Si aceptase Vd. la situación que yo le ofrezco.

—Mire Vd., Ricardo: dicen que el amor verdadero encuentra cama blanda en cualquier parte. Yo no puedo querer á usted de verdad; yo puedo vivir sin su cariño pues aún estoy á tiempo de hacerme la cuenta de que todo ha sido un sueño. ¿Pero Vd. no cree que si nos uniéramos por tiempo indeterminado, alguien protestaría de nuestra unión?

—¿Quién va á protestar?

—Una rubia encantadora que compare con Vd. las estrecheces de la miseria porque le ama de verdad. Vuelva Vd. á los brazos de su rubia, hágala Vd. muy feliz, quiérala Vd. mucho. Las mujeres de mi temperamento no han nacido para el amor sano. Vivimos de mentiras, porque la mentira es el único lenitivo de nues-

tros dolores. Ya ve Vd. á impulsos de qué pasiones palpitará mi corazón, cuando después de haberle querido tanto, tanto, durante unas cuantas horas, no me causa celos la rubia á quien hemos traicionado. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Su compañera.

—Pero Vd. cómo sabe...

—Llena de ira, con ansias de venganza, con ansias de apoderarme totalmente de usted fui á su casa. La rubia me desarmó: me rendi á su bondad.

—¿Usted ha hablado con ella?

—No; soy más discreta que todo eso. La vi á través de los cristales. ¡Pobrecita! Tengo su imagen grabada aquí... aquí... Quiérala mucho, Ricardo. Ahora, cambiemos de conversación, divirtámonos... ¡Alegrias, alegrías! Las amarguras adentro; dejemos que tejan su nido las amarguras en nuestro corazón.

—Ha dicho Vd. hace un momento que podíamos ser amigos. Yo voy más allá. Vamos á ser dos enamorados *sui generis* de los que casi no se estilan.

—Veamos. Ya sabe Vd. que yo me muero por las cosas raras.

—Un espíritu vulgar, me tildaría de cursi si me oyera lo que voy á decir

—¿Qué es ello?

—Mi horrible pasión sensual, latigueda por las cosas que fríamente acaba Vd. de decirme, empieza'á trocarse en pasión espiritual.

—¿Y Vd. cree en esas paparruchas espirituales? Por lo general es el recurso de los que no pueden lograr más que ración de vista.

—Hagamos un ensayo de amor espiritual. ¿Acepta usted?

—Sí, acepto.

—Usted mira á los hombres como muñecos.

—Ciertamente, no son Vds. otra cosa.

—Pues yo ya no soy hombre, ni usted es mujer.

—¿Y qué somos?

—Algo impalpable, etéreo. Suprimiendo los sexos, se suprime la animalidad. Sin animalidad no hay sensualismo.

—Si suprime Vd. todas esas cosas. ¿Qué soy yo y qué es usted?

—Nada y mucho. Entremos los dos en un laboratorio ideal y en una retorta volquemos todos nuestros besos, todos

nuestros abrazos, todas nuestras caricias para que se conviertan en cenizas. Disolvamos estas cenizas en nuestras lágrimas y filtremos luego la mezcla. El resultado será el amor que yo apetezco.

—Me parece que Vd. ha visitado mucho el ambigü.

—¿Por qué?

—Porque solamente á un borracho, puede ocurrirsele esa serie de desatinos. Era lo único que me faltaba: meterme á boticaria ó á química, ó como se llame quien se mete en ese laboratorio ideal. Dejémonos de pamplinas; sea usted mi amigo, que yo seré su amiga. Esta es mi mano. Ahora sepárese usted de mi lado; Regúlez nos está espiando y rabia de celos.

—Estar celoso es considerarse inferior.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que Regúlez es superior á Ricardo Rosales?

—¡Ah, vamos! Cree Vd. en mi superioridad...

—Si no lo creyera, ¿piensa Vd. que habrían pasado entre nosotros las cosas que han pasado?

—Gracias. Adiós Leonor. Siento una horrible tristeza.



—Basta; no hagamos dramas. Felicidad, Ricardo; y que la prosperidad de sus teorías espiritualistas no impida que quiera Vd. mucho, mucho, mucho á su rubia, que se llama... ¿Cómo se llama?

—Encarnación.

—Dé Vd., en mi nombre, un beso de paz á Encarnación.

Ricardo volvió al comedor, y preguntó á uno de los criados á qué hora pasaba el primer tren para la ciudad.

—Dentro de veinte minutos, le respondieron.

—Me marchó, amigos míos.

—¿Por qué? dijeron en coro Consuelo, Manuel y Héctor.

—Estoy muy cansado; llevo dos noches sin dormir.

—Yo también voy á irme contigo, tartamudeó Rosaura. Me caigo de sueño. Disimuladamente saca mi chal del tocador. Toma el número.

A los pocos instantes, cruzaban del brazo Rosaura y Ricardo la carretera que conducía á la estación. Detrás de ellos quedaba la casa de Regúlez, con sus luces y sus músicas.

---

Iban solos en un compartimento pequeño. Instintivamente los dos deshicieron con sus dedos la capa de escarcha que empañaba los cristales de la ventanilla.

Las estrellas se diluían en el cielo plomizo y una claridad tristonada borraba las negruras de la noche.

Rosaura, envuelta en su chal, se tendió á lo largo del asiento y recostó su cabeza en los muslos de Ricardo. Y con voz perezosa dijo: «Oye, ¿quieres hacerme un favor?»

—Pide.

—Quítame las horquillas y las peinetas del rodete, que me molestan. Dispensa si me duermo; no puedo más; se me cierran los ojos sin yo quererlo.

Y mientras Rosaura apretaba los párpados, Ricardo empezó á sacarle las horquillas. Al desprender una peineta se abrió en hilos de seda el rosetón de la coronilla. Ricardo se puso á acariciar aquella madeja deliciosa, tibia y bien oliente. Formaba redes entre sus dedos, mientras la chiquilla dormía. De pronto, sintió un goce nuevo para él. Jamás se le había ocurrido contemplar los ojos de una mujer dormida. Los párpados de

Rosaura, parecían amasados con pétalos de violetas claras; la curva de sus órbitas saltonas hinchaba aquella tenue carne azulada. La red de pelo se hizo tan compacta que al poco rato semejaba un manguito.

Rosaura cambió de postura y quedó de bruces. Un calofrío le corrió por todo el cuerpo.

Una nuca blanca, un poco hundida, mostraba á Ricardo las delicias de la puerta de honor del gineceo; y lo que no había sentido nunca en presencia de las desnudeces de la chiquilla, sentía ahora al contemplar unos párpados apretados y una nuca delicada que le invitaba á que llenase su cuenca de licor de besos.

Sin darse cuenta, por misteriosa atracción, metió su mano por la aterciope-lada espalda de Rosaura, y las yemas de los dedos empezaron á recorrer suavemente el rosario de la espina dorsal.

Arrimó los labios á la nuca de Rosaura, y al darle el primer beso, le pareció oír una voz misteriosa y extraña que murmuraba en su oído: «¡Encarnación... Encarnación!»

Levantó nerviosamente la cabeza, como si su boca se hubiera posado sobre un carbón encendido, y dijo él también con amargura: «¡Encarnación... Encarnación!» Y su cabeza ardiente, pegó en el cristal helado y lloroso de rocío...

Era ya completamente de día. Un disco de sol de forma de sable corvo de fuego, abría hondas heridas en el vientre de una nube.

El tren se metió en la cueva de cristales de la estación. En el andén se despidieron Rosaura y Ricardo.

Abrió la chiquilla la portezuela de un carruaje de punto y se acurrucó en los almohadones.

Ricardo llegó á los pocos instantes á su cuarto.

Encarnación dormía. Y con mucho amor, con los ojos llenos de lágrimas, apoyó los labios en la frente de su querida y le dió el beso de paz.

FIN

